

## La fe del centurión

(Lc 7,1-10)

- Sobre el texto: es un texto común a Mateo (8,5-13) y a Lucas, típicamente atribuido a la fuente Q, aunque esto no deja de plantear problemas: es una narración, y no un conjunto de dichos. Por otra parte, hay en Juan 4,46ss un texto semejante, relativo a la curación del hijo de un oficial del rey.
- El texto subraya las relaciones abundantes del centurión: con su siervo, al que quería mucho, con los ancianos o líderes judíos, su amor a toda la nación de Israel, y también el grupo de amigos a los que envía a ver a Jesús cuando éste se acerca a su casa. Todo esto es propio del texto de Lucas. Sin embargo, como contraste, en el texto de Lucas el centurión no llega a encontrarse personalmente con Jesús (a diferencia del texto de Mateo). De este modo se crea un contraste: las muchas relaciones por un lado, la falta de acceso a Jesús por otro.
- El texto de Lc también pone un énfasis en la dignidad. Los ancianos judíos testifican la dignidad del centurión, por dos razones: ama a Israel y construyó una sinagoga. Por contraste, el centurión afirma que él no es apto ni digno para que Jesús lo visite. Esto en Lucas se subraya especialmente: no sólo no es apto para que Jesús entre bajo su techo, sino que ni siquiera se ha considerado a sí mismo digno de ir a Jesús para hablarle directamente. Con esto se logra un cambio semántico respecto a Mateo. En Mateo, el centurión le decía a Jesús que no era digno, y de este modo se veía a sí mismo tal como un judío vería a un militar gentil. Su indignidad era más bien étnica, y el centurión era lo suficientemente sensible para captar el modo en que un judío le vería. Pero en el texto de Lucas sucede otra cosa. El centurión es declarado digno por las autoridades judías. Su indignidad no es de tipo étnico. Sin embargo, en Lc el centurión subraya dos veces su indignidad. De este modo, se denota una indignidad que ya no es étnica, sino personal. El centurión se considera digno aunque oficialmente los judíos lo consideren así.
- Un aspecto central del texto es la consideración de la autoridad del centurión en comparación con la autoridad de Jesús. El centurión mismo introduce esa comparación y explícitamente dice que él “también” está bajo autoridad. Claro, se trata de diferentes autoridades.
  - El centurión, últimamente está bajo la autoridad del César y de otros mandos intermedios entre el César y él. Jesús está bajo la autoridad de Dios. Dos cadenas de autoridad: el César y Dios frente a frente.
  - Después el centurión menciona aquellos que están oficialmente bajo su autoridad: los soldados romanos, a los que él puede ordenar a su discreción. De Jesús el centurión espera que actúe de igual forma con los que están bajo su autoridad. Pero, ¿quiénes están bajo la autoridad

de Jesús en este caso? No se trata de soldados. Jesús no tiene soldados. La autoridad que se espera de Jesús es la autoridad sobre la enfermedad que tiene al esclavo del centurión al borde de la tumba. Es autoridad sobre enfermedades, espíritus inmundos, dolencias, etc. (Lc 9,1). De este modo, la comparación no deja en demasiado buen lugar a los soldados de Roma: ellos son semejantes a las enfermedades sobre las que Jesús tiene autoridad.

- Finalmente, el último eslabón de la cadena de mando es el siervo: también de éste dice el centurión que le manda hacer cosas y las hace. Sin embargo, lo paradójico es que no es esto lo que sucede en la situación concreta. El siervo está a punto de morir y no hay muchas cosas que pueda hacer. Mateo dice que estaba “paralítico”. Ya le puede ordenar el centurión, que el siervo no podrá hacer nada. Es como si toda la jerarquía imperial romana fallara en su último eslabón: el imperio que puede dañar naciones enteras, no puede dar vida a su último siervo. El centurión confía en que Jesús sí puede sanar al siervo.
- De esta manera funciona el avance del reinado de Dios frente a los reinados humanos: dando vida, sacando a los últimos de la tierra de la soberanía de los poderes de este mundo y poniéndolos bajo la soberanía benéfica de Jesús.
- Es interesante considerar cómo ve el centurión a Jesús. En cierto modo, su “también yo” muestra un punto de semejanza. Jesús es como el centurión de Dios. Pero al mismo tiempo el centurión ha subrayado su indignidad siquiera para encontrarse personalmente con Jesús. Jesús es alguien muy distinto de él. Basta con que diga una palabra para que el siervo quede sano. El centurión no ve a Jesús como un intermediario que puede pedir a Dios un milagro, tal como habían hecho algunos famosos taumaturgos judíos. El centurión espera que Jesús mismo haga el milagro. La fe del centurión está puesta en Jesús, en el poder de su palabra. [Si este pasaje pertenece a Q (como se sigue suponiendo usualmente), ciertamente hay una cristología “alta” en Q.]
- El centurión espera una sola palabra de Jesús, pero precisamente esta palabra no sucede. Jesús no dice ninguna palabra de sanidad. No hay ningún “quiero, que sea sano”. La única palabra de Jesús es la que constata la fe del centurión. Y ésa fe, más que la sanidad del siervo, es el punto central de la historia. El centurión tiene una fe que Jesús no ha encontrado “ni aún en Israel”.
- Al centurión no le han servido sus muchas amistades y relaciones sociales; tampoco le han servido las buenas obras (la construcción de una sinagoga); tampoco le ha servido su amor por Israel; ni tampoco le sirve su autoridad como centurión en la cadena de mando del gran imperio. Todo eso no sirve. Lo único que le ha servido al centurión es su fe. Y esto nos muestra también la verdadera dignidad del faraón. No es digno por sus relaciones, por sus obras, por su poder. Tampoco es digno personalmente, como él bien ha subrayado. Y, sin embargo, Jesús lo declara digno por la fe. El centurión aparece entonces

no como un mero simpatizante de Israel. En la palabra de Jesús el centurión aparece como alguien que tiene más fe que Israel. Mateo introduce precisamente en ese punto la palabra sobre los gentiles viniendo de todos los puntos cardinales e incorporándose a la mesa del reinado de Dios, al mismo tiempo que los “hijos del reino” siendo echados fuera (Mt 8,11-12). En Lucas este contraste está suavizado, porque le interesa subrayar lo esencial: la fe es lo decisivo.

- El texto nos dice que Jesús “se maravilló (admiró) de él”. Jesús se admira de la fe del centurión, y es algo que podemos pedir para nosotros.
  - Decía Lutero que la “carne” no son los apetitos más bajos; la carne es más bien todo lo que nosotros consideramos alto e importante en nosotros: nuestras capacidades, nuestro poder, nuestros éxitos, nuestras obras, o cualquier otra cosa que podamos exhibir como mérito ante Dios. El texto nos enseña que todo eso no sirve ante Jesús.
  - Lo que sirve ante Jesús es la humildad de quien no proclama sus méritos ante él, sino su indignidad, al mismo tiempo que cree. Se trata en realidad de dos caras de la misma moneda: quien desconfía de su “carne” es quien en realidad puede poner las esperanzas en Jesús.